

los apóstoles que se conmueven con lo nuevo. Allende era militar é Hidalgo la expresión de lo más pacífico, el eclesiástico; Allende era joven y el cura Hidalgo anciano; Allende tenía el verdadero tipo del héroe y el cura Hidalgo el tipo del notario; Allende tenía el valor agresivo é impetuoso y el cura Hidalgo el valor oculto y sereno detrás de una actitud tímida. Allende no comprendía que un civil, pudiera ocupar posición más elevada que un militar. Allende era rico y el cura Hidalgo pobre; Allende era muy ignorante y el cura Hidalgo instruido dentro de la cisterna intelectual de su época; Allende había concebido la independencia como obra hermosamente militar, mientras que el cura Hidalgo la concebía como obra social; por último, Allende era el que había organizado las juntas conspiradoras en Querétaro y San Miguel el Grande, el que había aportado el elemento militar, haciendo defeccionar á todo el regimiento de la Reina. Era el que había comenzado la revolución aprehendiendo á los españoles. En virtud de todas estas fuerzas que lo proclamaban jefe de la revolución, había sido colocado en el segundo lugar, igual al último, pues después veremos que el cura Hidalgo poco ó ningún caso llegó á hacerle.

El cura Hidalgo entró á la revolución como lo declaró en su causa, invitado por Allende y la primera invitación fué rechazada. Allende le enseñó algunos días después una carta muy alentadora y entonces aceptó tomar parte en la revolución como uno de tantos, porque

Allende no le ofreció el primer lugar ni el humilde cura se figuró que iba á ser colocado en él, sin nada poner de su parte para conseguirlo.

El cura Hidalgo fué nombrado jefe supremo de la revolución popular y como lo hacen todos los pueblos incapaces para la democracia, al aclamar confunden al gobernante con el ídolo y el aclamado pasa repentinamente de la categoría humana á la categoría divina. En nuestro lenguaje moderno debemos decir que el cura Hidalgo debió su elevación á la voluntad del pueblo, lo suficiente para que Allende viera en la autoridad del cura Hidalgo una usurpación escandalosa de la suya que no solamente lo despojaba del poder, que en su concepto era atributo indeclinable de su superioridad, sino que esa usurpación iba acompañada de deshonra y de absurdo: el brillante oficial del regimiento de la Reina no podía considerar sagrada la voz de algunos millares de indios clasificados entre los seres humanos por Bula especial del Pontífice Romano. Mas el Pontífice no había hecho bulas para radicar en la voluntad de los indios la supremacía sobre las clases consideradas como sus eternos señores. Allende tenía que ser frente al cura Hidalgo un rebelde indomable; si hubiera sido santo, sus fuerzas teologales se habrían disuelto y evaporado en los jugos de su organismo, químicamente puros de toda invasión de ideas y sentimientos modernos.

El cura Hidalgo entró á la revolución para cooperar al triunfo de una buena causa, aun cuando fuera al precio de su vida. Su misión

era sencilla, pero los acontecimientos y sólo los acontecimientos, la volvieron gigantesca, tenebrosa y complicada. En San Miguel el Grande aclaman al cura, jefe de la revolución 20,000 indios y 5,000 rancheros; en Celaya 50,000 lo aclaman generalísimo, marcha á Guanajuato y sin nada dirigir la fortaleza de Granaditas es tomada á golpes de masas humanas; el triunfo es completo y el orgullo del vencedor tiene que comenzar y hacerle sentir que es un superhombre. Parte para Valladolid, la ciudad le abre sus puertas y le ofrece las llaves en la bandeja del terror. Una comisión formada de un canónigo en representación del clero, de un jefe de armas en representación del ejército, un regidor en representación de la ciudad, le piden garantías, que aplaque su justicia y su rigor, que tenga misericordia de todos los que humildemente se le rinden. Irritado el vencedor ordena que se le levante la excomunión y la Iglesia obedece, las campanas repican en señal de regocijo y en la Catedral se entona una misa en acción de gracias á la que no asiste el gran caudillo para hacer sentir que su cólera no está aún completamente deshecha. Pide dinero y se lo entregan, pide multitudes y se le aparecen, pide adhesiones y le aplauden. El orgullo tenía que seguir subiendo como una marea que ningún ser humano puede contener; el primer caudillo debió creer que era un archisuperhombre.

Al frente de 80,000 hombres sale de Valladolid para la capital, gana la batalla de las Cruces, le falta poder ó resolución para lanzar el

gran residuo de masas acobardadas sobre la ciudad aún más acobardada. Zavala cree que si el cura Hidalgo hubiera tomado la capital, habría establecido una teocracia; Alamán cree que se hubiera hecho rey; presidente de una República imposible, porque aun cuando tuviera ilustración sobre las repúblicas de la antigüedad, nunca quiso para los negocios civiles organizar una Junta ó Consejo ó Gabinete ó algo en que otros hubieran podido emitir su opinión. Allende, que no tenía el alma serena con una marcha triunfal que todo lo derribaba, lamenta para nada ser consultado.

El desastre de Aculco derrite las alas de Ica-ro, pero no quebranta su cuerpo ni mucho menos su alma. En Valladolid el caudillo repone su popularidad, limpia con sangre su estrella eclipsada, relega el recuerdo de Aculco ó lo imaginario de una pesadilla y ya en Guadalajara aparece como verdadero soberano absoluto. Esto no es deformidad en el cura Hidalgo, al contrario, es el gran arte tallado, pues los acontecimientos son los que hacen su ambición como el aire puro podía hacer su salud y la peste hacer su muerte. Un hombre no es un fenómeno aislado en el espacio libre hasta las leyes de la mecánica celeste; la vida es una relación entre un organismo y su medio exterior y el medio es más fuerte que el hombre, el medio puede hacer de un hombre honrado un bribón, de un desinteresado un vicioso, de un prostituido un cenobita, de un gusano un halcón, de una águila una lagartija. Los hombres que resisten á su medio siempre salen anona-

dados, nunca ilesos. Cuando un hombre excomulgado exige á la Iglesia la paz con Dios y se la da; cuando pide á sus enemigos más poderosos un **Tedeum** y se lo cantan; cuando pide honores á los soldados del Rey de España y le presentan las armas; cuando quiere fiestas y le encienden todas las luces, cuando quiere centavos y le entregan tesoros; cuando quiere deleites y le entregan mujeres; cuando quiere matar y le entregan vidas; cuando quiere aplastar y le entregan montañas; ese hombre tiene que acabar por querer solo una cosa de una vez y para siempre: el despotismo. Mientras el poder no llega á la omnipotencia la razón es fuerte, pero si ha llegado, la razón tiene que desaparecer, porque es uno de los límites de la voluntad y mientras existe la omnipotencia no puede imponerse.

Respecto del cura Hidalgo, aun cuando fué proclamado jefe de la revolución por la voluntad del pueblo, esa voluntad no era democrática, porque para el pueblo el cura fué un ídolo y los pueblos demócratas no lo tienen. El pueblo inglés que es seriamente democrático, nunca llamó ídolo al duque de Wellington ni á Horacio Nelson, y á lord Roberts que es su héroe actual de predilección le llama little Bob. Los numerosos partidarios de Mr. Roosevelt, le llaman **Teddy**. Los ciudadanos siempre ven en el héroe ó benefactor su igual en especie, en clase, en derechos y obligaciones.

La popularidad del cura Hidalgo era la del ídolo de **teocalli** de perfume caldeo, de servilismos babilónicos, de nervios africanos; para

los indios que formaban la gran mayoría de la horda del cura Hidalgo, era un **Re-soul** ó como lo he dicho, un Mahdi, siempre el Profeta, con el cetro espiritual enroscado en el temporal; el estandarte verde con la media luna de donde saldrá el yatagan.

Pero el **Re-soul** reina aislado con sus guerreros, el profeta domina en su iglesia de creyentes, el Mahdi gobernaba solo con sus tribus; pero en la revolución de 1810 tenía que introducirse y figurar el proletariado profesional, cargado con toda la civilización existente y dispuesto á desbocarse en todas las sendas del progreso. No era posible que á la aparición de esa falange, el cura Hidalgo pudiera mantenerse como entidad de mezquita ni con códigos de las "**Mil y una Noches**," entonces su popularidad oriental debía tomar una forma terrible, la de popularidad demagógica.

El jefe de una plebe que no puede disciplinar con los recursos militares ó con los de la religión, no es su jefe sino su instrumento. Un militar es más querido de su ejército mientras más lo disciplina, mientras más sabe mandarlo, mientras más siente el soldado que es bien mandado. Los Sumos Pontífices mientras hay fe en su pueblo, su autoridad alcanza hasta donde llega esa fe y pueden disciplinar no solamente los actos sino los pensamientos; pero un jefe de plebe religiosamente fría, sólo puede calentarla el incendio y el pillaje y obtenido ese calor sólo puede refrescarla el derroche de sangre humana fuera de todo combate, obtenido por los métodos de los rastros para sacrifi-

car reses. El jefe de una plebe, es el primer día su ídolo, el segundo su proveedor de víctimas y el tercero su víctima más odiada. Las plebes demagógicas acaban por odiar siempre más de lo que han amado á sus ídolos, y solamente se puede durar algún tiempo sin ser por la plebe devorado, si ningún crimen se le escatima y si se le inventan nuevos. La corona de puñales de un rey de plebes, nunca deja de ser la cinta de metal con que lo ahorcarán al día siguiente de su coronación.

VI

Una vez divididos el cura Hidalgo y Allende por la fuerza de leyes sociológicas, que no podían conocer, ni su yugo evitar, Allende representaba al elemento militar y el cura Hidalgo al elemento civil; elementos forzosamente en lucha irreconciliable en una época donde la civilización no había encontrado aún los medios de conciliarlos. Allende tenía horror de la soberanía de las plebes y las despreciaba profundamente como recurso revolucionario. El cura Hidalgo veía con igual horror la organización del militarismo que consideraba como causa de ruina inevitable de su poder. Allende se apoyaba en los militares, militarmente; el cura Hidalgo sólo podía apoyarse en una plebe sin exaltaciones religiosas y teniendo por exaltación patriótica la guerra de castas, por el único medio con que un ídolo puede prolongar algunos días su permanencia en el altar; dando gusto á las pasiones de esa plebe

y como la gran pasión política, nacional y religiosa del indio se resolvía en una que era la matanza de españoles, se comprende perfectamente que el cura Hidalgo, acosado por sus jueces para explicarse, por qué había mandado asesinar á los setenta españoles pacíficos de Valladolid y á los de Guadalajara, setecientos, según Alamán y doscientos según Pérez Verdía, haya contestado invariablemente sin haber tenido la cobardía de rehuir la responsabilidad personal; que lo había hecho por tener gratos á los indios.

El odio entre Allende y el cura Hidalgo comenzó á manifestarse desde la primera ocupación de Valladolid y siguió aumentando hasta la jornada de las Cruces. Antes de la batalla de Aculco, y según refiere en su diario D. Diego García Conde, "Allende y los dos Aldama, delante de él y de los demás prisioneros, echaban la culpa de todo lo sucedido al cura Hidalgo, á quien llamaban bribón." (1) En la segunda carta de Allende dirigida al cura Hidalgo, fechada en Guanajuato el 20 de Noviembre de 1810, se permite Allende dar órdenes terminantes al cura Hidalgo como si fuera su inferior, su tono es insolente y llega hasta la amenaza de matarlo, si no accede á lo que impone. Dice el teniente general Allende á su superior: "No puedo menos que agriarme demasiado, cuando me dice Ud. que el dar orden en Guadalajara lo violenta; ¿de cuándo acá Ud. así? Tenga

(1) Alamán, Tomo 1o., pág. 471.

presente lo que en todos los países conquistados me ha respondido Ud. cuando yo decía "es necesario un día más para dar algún orden, etc."

"Que Ud. no tuviera noticia (como se dice) del enemigo ni de Querétaro, es una quimera, cuando de Acámbaro, de Salvatierra y Valle de Santiago, desde la semana pasada me están dando partes, y lo que es más, con los dos primeros oficiales que mandé á Ud., acompañé dos cartas y ellas llegaron á Valladolid y se me contestaron; pero á Ud. no llegan mis letras, según que se desentiende en su carta."

"Espero que Ud. á la mayor brevedad me ponga en marcha las tropas y cañones ó la declaración verdadera de su corazón, en la inteligencia que si es como sospecho, el que Ud. trata de solo su seguridad y de burlarse hasta de mí, juro á Ud. por quien soy, que me separaré de todo, más no de la justa venganza personal."

"Por el contrario, vuelvo á jurar que si Ud. procede conforme á sus deberes, seré inseparable y siempre consecuente amigo de Ud.—Ignacio de Allende." (1)

"Allende en su causa afirma que en Guadalajara consultó con el Dr. Maldonado y con el mismo gobernador de la mitra Gómez Villaseñor, si sería lícito dar un veneno á Hidalgo para cortar los muchos males que estaba causando, como los asesinatos que de su orden se ejecutaban y los más que amenazaba su despo-

(1) Alamán, Tomo 2o., pág. 33.

tismo, no quedándole á Allende influjo ni arbitrio para evitarlos, aun cuando lo había procurado en cuanto había podido, porque desde los primeros pasos se apoderó el cura de todo el mando, tanto político como militar." (1) Se marea perfectamente la situación del cura Hidalgo frente á Allende y su partido, llegándose á notar que el verdadero partido del primer caudillo eran sólo los indios, pues la parte intelectual del elemento civil combatía la dictadura y quería que se estableciera gobierno provisional que debía ser una calamidad como más tarde lo probaron los hechos. Hidalgo y Allende se separaron después del desastre de Aculeo y aquel "se retiró casi solo y disfrazado hasta Valladolid que se mantuvo por él á pesar de sus pérdidas: entró sin embargo de incógnito en la ciudad y permaneció así en casa de la viuda de D. Domingo Allende hasta que se aseguró de que no correría riesgo de ser entregado á sus enemigos." (2) Allende entró de otro modo á Guanajuato después de Aculeo: "Lo acompañaban los tenientes generales D. Juan Aldama, D. Mariano Jiménez y los mariscales de campo D. Joaquín Arias, D. Mariano Abasolo, y el Lic. D. Ignacio Aldama, D. Juan Ocón con otros muchos jefes y oficiales." (3)

Si el cura Hidalgo, debido á la lealtad de Anzorena el Intendente de Valladolid, no hubiera obtenido nuevas chusmas mal armadas

(1) Alamán, Tomo 2o., págs. 83 y 84.

(2) Mora, Tomo 4o., pág. 115.

(3) Licéaga, Historia de México, pág. 149.

y si en Guadalajara no lo hubiera recibido el fiel campeón D. José Antonio Torres, el elemento militar lo habría obligado á descender de su alto puesto como lo hizo después de la batalla de Calderón. Según el mismo cura Hidalgo, cuando fué destronado en la hacienda del Pabellón, el elemento militar dispuso que lo matasen si se separaba del ejército.

Puede pues decirse que la revolución se había dividido en tres gajos, el cura Hidalgo apoyado por feroces tribus indígenas, imponiéndole en cambio del apoyo la matanza de españoles. El elemento civil intelectual nadando en la prodigalidad de empleos públicos y con la demencia de querer dirigir una revolución por medio de congresos, y por último, el elemento racional para desarrollar la revolución y darle la victoria, representado por los militares acaudillados por Allende, quien tenía notorias condiciones de héroe y notoria incapacidad para ejercer la dictadura en la revolución, conduciéndola con mano de fierro á la disciplina, al orden en la lucha, á la vida administrativa y al respeto de sus enemigos, del país y del extranjero.

Toda revolución es más que generadora de ambiciones, porque su potencia inicial y especialmente su desenvolvimiento se hace á fuerza de odios y ambiciones personales ó de clases. Cuando en las clases sociales que chocan figuran las proletarias, las ambiciones personales y los odios son las dominantes fuerzas de la lucha, pues las virtudes sublimes sólo pueden distinguirse por medio del microscopio y ojos ejerci-

tados. Los simpatizadores de la revolución que sólo contribuyen con fervientes votos públicos le dan esa gran fuerza sugestiva que se llama el poder de la opinión pública, pero los que exponen su vida, sus bienes, su salud, su libertad y el reposo y bienestar de sus familias, son excepcionales los que entran como redentores imitando á Jesucristo, y de los que entran como redentores, casi todos absorben los gases del poder destrozado por la revuelta y se transforman en ambiciosos frenéticos. Y los que han resistido por virtud sobrehumana á la inundación general de pasiones de poderío, riquezas, venganzas y estruendos tempestuosos de vanidad, esos quedan postergados, pisoteados, calumniados, rechazados como una espuma del hirviente vórtice revolucionario. El que no es ambicioso en una revuelta, se queda atrás hasta no ser visto. La audacia es la que propone mayor número de candidaturas para los altos puestos, apoyadas en su famosa batería de intrigas, envidias, cobardías, traiciones, bajezas é iniquidades. Las candidaturas del mérito tienen que apoyarse á veces para triunfar en las mismas baterías, pues el mérito aislado es una oveja perdida en una selva en donde toda clase de fieras hambrientas buscan cualquier presa.

VI

La ambición y el odio que parecen enegrecer la gloria de nuestros primeros caudillos no son más que la sombra exigida por el claro

obscuro propio de las revoluciones. Inmediatamente después de la caída del cura Hidalgo y sus compañeros, traicionados en Acatita de Baján, continuó Rayón la grande obra con el portentoso carácter y sublime espíritu que han immortalizado á los más brillantes guerreros de la antigüedad. El Dr. Mora dedica á su memoria muy hermosas palabras: "No hay cosa que más desaliente á los hombres de un partido que el verlo abandonado por los que se habían puesto al frente de él: esto sucedió en el caso, y el mando supremo tan apetecido dos meses antes ahora no había quien quisiera recibirlo.

"En estas circunstancias, las más tristes por cierto, un hombre ilustre en los fastos de la revolución echó sobre sus hombros la causa de la patria que todos rehusaban y la sacó por en medio de riesgos y peligros inauditos á puerto de salvamento: este fué don Ignacio Rayón, que fué nombrado jefe supremo y cuya famosa retirada se referirá adelante." (1)

El mismo Dr. Mora, y en el mismo libro dice de Rayón: "El año de 1811 concluyó con la expedición y toma de Zitácuaro, y en todo él hizo un papel importante el general D. Ignacio Rayón; pero las glorias de este jefe algunas veces ya eclipsadas en este mismo período, su reputación gigantesca, y sus importantes servicios acabaron con la pérdida de Zitácuaro y quedaron sepultados en sus ruinas: en lo sucesivo Rayón, á quien desamparó la fortuna, el

(1) Dr. Mora, "México y sus Revoluciones," Tomo 4o., pág. 144.

prestigio y el concepto público, no fué ya más que un obstáculo para la marcha de la insurrección: sin la fuerza de alma necesaria para descender del puesto en que no pudo ó no supo sostenerse, y del cual lo precipitaron los sucesos, se volvió querrelloso y pendenciero contra los que hacían más que él, pretendiendo obstinadamente la superioridad de influjo y de mando que no podía racionalmente corresponder sino á quienes se hallaban en estado de prestar servicios importantes. Estas pretenciones se combinaron con el orden de los sucesos de un modo pernicioso á la causa de la insurrección y aunque quedaron sin efecto en orden á la elevación de Rayón que jamás llegó ya á verificarse, contribuyeron eficazmente á la pérdida de Morelos y á la anarquía que después se introdujo entre los jefes insurgentes que le sucedieron en la empresa." (1)

El cura Morelos se queja con Rayón de la anarquía que carcome á las fuerzas revolucionarias. "Guanajuato y Guadalajara, dice el gran jefe, están poseídas y hostilizadas del enemigo, y (no podía negar) **que nuestras divisiones por falta de unión** no han sido bastantes á lanzar al enemigo de un pueblo, ni para sostener á otro"..... "No hay, pues, otro remedio para que la nación no sacrifique tantos individuos é intereses, y que sus progresos sean visibles, sino el adoptado: que uno solo sea el

(1) Dr. Mora, "México y sus Revoluciones," Tomo 4o., págs. 281 y 282.

que mande las armas á la presente y en lo sucesivo y sea quien fuere, como sea idóneo." (1)

Morelos en otra carta es justamente severo con Rayón, en la fechada en Acapulco el 5 de Agosto de 1813, le dice: "Ya hemos visto que el enemigo se ha valido de la ocasión para nuestra ruina. Luego que V. E. resolvió atacar y destruir á nuestros compañeros los Sres. Licéaga y Verduzco, se decidió á las derrotas de Salvatierra, Tlalpujahuá y la de Villagrán, porque consideró el enemigo que V. E. no podía ser auxiliado por unos compañeros á quienes perseguía, y en cuyo empeño divagó la fuerza de Tlalpujahuá, ¿Y será justo y puesto en razón que se deje la patria peligrar en medio de estas convulsiones y no se tome providencia, sólo porque á V. E. no se le usurpen esos decantados derechos? Ni á mí ni á ninguno le cabe en el juicio semejante cosa."

"Supongamos por un instante que á V. E. le ha sido todo lícito, concediéndole hasta el derecho á la corona: pero si en las actuales circunstancias V. E. aun no quiere, ó más bien no puede libertar á la patria, ¿le hemos de juzgar tan tirano ó tan injusto, que por sólo su capricho no ha de llevar á bien el que otro la liberte? De ningún modo, porque eso sería ignominia para V. E., y en creerlo se le haría poco favor." (2)

Después de la derrota del general D. José María Morelos en Puruarán, quedó sin elemen-

(1) Alamán, Tomo 3o. Apéndice, pág. 518.

(2) Alamán, Tomo 3o. Apéndice, pág. 516.

tos para luchar contra los españoles y sobre todo contra la anarquía que lo rodeaba, lo envolvía tendiendo á derribarlo para su pulverización. El Lic. Rosains, rico, culto, apasionado por la independencia, salió de la revolución disparado por la anarquía hasta caer en la necesidad de indultarse. Describe bien lo que en aquellos momentos veía y participaba al Virrey:

"La anarquía y diferencias comenzaron con la rebelión: riñeron de muerte Hidalgo y Allende por el mando en jefe: degolló Rayón á Iriarte traidoramente; se declararon mutuamente traidores y se hicieron la guerra los tres vocales de la junta de Zitácuaro; y contrayéndose al Congreso actual digo, que están desunidos desde que se trató de instalar, pues Rayón, persuadido de que era prerrogativa suya convocarlo, se opuso con vehemencia, quiso con prohibiciones y amenazas frustrar todos los medios, y remitió un plan de Constitución en que se atribuía más facultades que el emperador de Turquía."

"Cedió al fin á la necesidad, y aunque él, Verduzco y Licéaga no quedaron reconciliados, se unieron para minar la autoridad de Morelos, de que resultó que le despojasen del poder Ejecutivo; que Rayón, contra la voluntad de aquel, se hubiese habilitado para el mando en jefe de Oaxaca y provincias vecinas con facultades omnímodas; que éste me hubiese hecho la guerra cuando me despacharon con el mismo cargo á las de Puebla y Veraacruz, y últimamente, que Morelos esté ceñido á dar votos de amén,

y en vísperas de que lo despachen á hacer bautismos á Carácuaro, así como Verduzco á Tuzantla.”

“Los complicados intereses de los vocales, sus opiniones opuestas, el conato de proporcionarse establecimientos brillantes acabando su tiempo, á lo que no da lugar la Constitución y desconcepto granjeado por sus descabelladas providencias, acarrearán muy pronto la disolución del Congreso, indicada ya en los sucesos.”

“Rayón reside en Cópore sin querer asociarse; satiriza y anula la división de poderes y convoca partidarios de su opinión, como resulta del proceso que se le ha formado; con todo, no se habla palabra, porque su hermano tiene algunas escopetas. Quintana forma partido con él: Cos está preso y depuesto; Argüelles menospreció el nombramiento y no piensa en agregarse; Bustamante se abanderizó á Rayón; se constituyó por sí plenipotenciario, está separado y su cerebro más desconcertado que nunca; á Couto lo han llamado cien veces y se ha excusado, atento solo á la soberanía de Veracruz, que según uno de sus escritos, reputa mayor que la de Prusia, allí está aborrecido y los vocales destinados al Norte, tuvieron gran desazón porque rehusó que Victoria concurriese con ellos.”

“No son menos los disgustos que hay entre los subalternos. A Osorno lo aborrece el paisanaje; Serrano y Pozo rompieron con él; á Arce lo ve con odio y á Rayón con sentimiento; Anzures está sobresaltado é incómodo porque Victoria quiere desarmarlo; los negros le han

dado á éste veneno en un plato de pescado; Manilla es enemigo de Ferán; Fiallo y los oficiales de infantería de Tehuacán lo detestan; con Sesma están disgustados los pueblos y soldados; me hicieron contra él muchas representaciones, y aunque en lo aparente están reconciliados, recordarán en la primera ocasión su antiguo encono.” (1)

Después de la desaparición de Morelos la anarquía tomó un vuelo lóbrego como nunca, al grado de que pueblos que habían sido ardientes partidarios de la independencia, se dirigían suplicantes al Virrey pidiéndole que los librara de las atrocidades de los insurgentes. El pavor llegó en el campo revolucionario hasta obligar al presidente del Congreso revolucionario disuelto en Tehuacán, Lic. D. José Sotero de Castañeda á dirigirse al Virrey: “Penetrado de dolor y convencido por la triste experiencia de seis años de que la felicidad social no puede conseguirse ni prefijarse entre los errores de un tumulto popular, si no es bajo la protección de un gobierno paternal, de unas leyes sabias y de un orden general en todos los ramos de la administración pública,” (2) El Dr. D. José María Cos, miembro del Poder Ejecutivo insurgente, dirigió un manifiesto á la nación contra el Congreso revolucionario, en el que se leen párrafos como el siguiente: “Si el atentado contra la soberanía del pueblo se cometiere por algún indivi-

(1) Alamán, Tomo IV, págs. 572 y 573.

(2) Alamán, Tomo IV. Apéndice, pág. 616.

duo, corporación ó ciudad, se castigará por la autoridad pública como delito de lesa nación.” “Este es puntualmente el caso en que nos hallamos en nuestras supremas corporaciones. Hay traidores á quienes los gachupines han constituido vocales, por cuyo medio están dictadas las providencias que se les acomoda, para arruinar nuestro sistema de independencia. Me he cansado inútilmente en representar á favor de la libertad del pueblo, contra la tiranía del despotismo con que el Congreso está oprimiendo á los ciudadanos bajo de un yugo más pesado que el de los enemigos, sin embargo de la decantada libertad que nos ofrece el código constitucional, que hasta ahora no ha sido otra cosa que un pretexto para engañar á los incautos; pero la respuesta que siempre me ha dado “que ha lugar, que no se me debe oír,” y su resultado imponerme arresto y traerme como á reo del Estado, porque reclamo los derechos del pueblo; he aquí que estamos obligados á castigar con la autoridad militar los delitos de la nación, en que han incurrido esas supremas corporaciones, y á no prestarles reconocimiento ni obediencia alguna, hasta que reinstaladas legítimamente, merezcan sus individuos la confianza del pueblo que los constituya....” (1)

El odio entre los jefes, el espíritu anárquico y las ambiciones desplegadas en furibundos apetitos, no fueron las faltas exclusivas de los

(1) Alamán, Tomo 4o. Apéndice, págs. 605 y 606.

primeros caudillos de la independencia, fueron condiciones morbosas de la revolución, de las que no podían escapar los hombres que sobresaliesen.

VII

En las provincias del río de la Plata las disensiones entre Moreno y Saavedra impiden la consolidación de la independencia. El gaucho Artigas, extremadamente ambicioso se pone en frente de Rondeau, deserta con sus fuerzas al frente del enemigo y se une con las tropas españolas para batir al ejército de los patriotas. Alvarez traiciona á Alvear y lo obliga á huir. La ambición de Artigas desmembrando la unión de las provincias facilita al ejército portugués la conquista de la banda oriental. Ramírez lo traiciona y lo somete después de una sangrienta batalla en el Paraguay. Existían todavía fuerzas españolas en el río de la Plata cuando ya los héroes de la independencia habían planteado la guerra civil entre unitaristas y federalistas. La idea federalista no fué más que la idea caciquista, repartir el territorio entre jefecillos á satrapía por cabeza.

En Chile aun no se ha consumado la independencia, cuando los héroes dan y quitan golpes de Estado. Carrera gana la dictadura á Rosas y alhaga á los españoles para obtener su apoyo contra los patriotas. O'Higgins se pone contra Carrera, lo que da lugar á que los españoles se apoderen de Talca, derroten á los independientes en Cuchaucha y hubieran to-

mado Santiago si el invierno no lo impide. El coronel Lastra se declara contra O'Higgins y lo derrota; aparece de nuevo Carrera y derrota á Lastra. Los héroes se entregaban á la danza de la ambición favoreciendo la reconquista de Chile por los españoles.

En Venezuela y Nueva Granada la cosecha heroica es bastante crecida para hacer casi imposible la lucha con las fuerzas españolas. Aparecieron Miranda, Bolívar, Mariño, Piar, Rivas, Nariño, Alvarez, Castillo, Bermúdez, Brion, Paez y otros. Bolívar cometió la infamia de ayudar á los españoles á aprehender á Miranda, quien pasó el resto de su vida en los calabozos realistas. Piar y Rivas se pronuncian contra Bolívar después de la batalla de la Puerta, lo destierran y lo declaran cobarde fugitivo. Nariño, abandonado en posición crítica por sus compañeros, á quienes causaba envidia, se vió obligado á entregarse á las tropas españolas. Alvarez, héroe de populacho, se separa de la dirección de Bolívar á quien se le va encima el héroe Castillo. Mariño se declara también contra Bolívar. Bermúdez, el más terrible de los adversarios de Bolívar lo insulta cara á cara y desenvainó la espada para atravesarlo de parte á parte. Llega un momento en que todos los héroes se detestan y parecen decidirse á no combatir á los españoles para poder destrozarse á todas sus anchas. Bolívar acaba por desterrar á Mariño y hacer fusilar á Piar para poner algún orden en los negocios de la independencia. Un historiador dice que cuando desembarcó el general español Morillo

en el territorio venezolano "los habitantes de los campos, cansados de la guerra, recibieron á los españoles con gritos de júbilo."

Las rivalidades entre los caudillos son inevitables, pero aparecen más acervas y odiosas en la raza latina. En la guerra de Napoleón I tiró dejando la campaña á sus heroicos mariscales, los efectos de las rivalidades se hacen sentir. Soult detestando á Masséna no quiso apoyarlo y lo obliga Wellington á retirarse de Portugal. En Junio de 1811, los ejércitos franceses de Andalucía y Portugal pudieron dar batalla ventajosa al ejército anglo-portugués; pero la rivalidad entre Soult y Marmout hizo que se separasen y quedó perdida la oportunidad de un golpe excelente. Soult hizo también guerra sorda á Jourdan, al rey José y á Souham y su conducta envidiosa fué funesta á la campaña de 1812. Está admitido que el desastre final de la campaña de Napoleón I en España se debió, la mitad, á la falta del gran guerrero de haber emprendido guerra contra Rusia antes de haber terminado la de España y la otra mitad á las envidias y rivalidades entre sus mariscales.

En la raza latina de especie española y correspondiendo al carácter ibero con fuegos berberiscos, las rivalidades son aún más activas y profundas. En la guerra de siete años en España entre carlistas y cristinos, las rivalidades y celos de los jefes prolongan la guerra y causan la debilidad de los carlistas hasta ser vencidos. En el campo cristino los celos de Espartero causan el fracaso de Narvaez que en

vez de recibir los laureles que esperaba obtuvo como recompensa de sus servicios una orden de destierro, debido á que no destruyó á Gómez como pudo hacerlo, porque el general que debía apoyarlo siendo amigo de Espartero no le pareció conveniente que Narvaez se cubriera de gloria y no quiso con su división apoyar las operaciones de su jefe. En el campo carlista la discordia deshace toda la potencia militar del pretendiente. Cabrera detesta á Carnicero, el jefe Roa intriga contra Cabrera. Los generales Elio, Zaratiegui y Gómez odian á los demás y desean matarse entre sí. La camarilla de D. Carlos hace nombrar á Maroto jefe supremo del ejército y éste se vuelve enemigo de ella y para probarlo, fusila, sin formación de juicio, á sus compañeros los generales García, Sanz y Guergué. D. Carlos acaba por declarar á Maroto rebelde y traidor, poco tiempo después le devuelve toda su confianza. Firmado por D. Carlos el pacto de Vergara que ponía fin á la guerra civil, el carlista Cabrera lo desconoce y sigue la campaña durante cinco meses. Los críticos de esa guerra, por unanimidad están de acuerdo en reconocer, que los cristinos triunfaron en virtud de que la discordia en su campo era mucho menor á la que reinaba en el de los carlistas.

Entre caudillos no basta que uno de ellos tenga nombramiento de jefe por su gobierno, por aclamación de sus compañeros ó por su propia voluntad; es preciso que pruebe que merece serlo y no hay más que una prueba, acabar con la anarquía guerrera, haciendo que

todos los jefes lo obedezcan y castigando con pena de muerte á los que falten á sus deberes, con motivo de sus rivalidades. Estas siempre existen, pero ocultas y comprimidas por la disciplina capaz de pesar sobre los más encumbrados jefes con el mismo rigor que pesa sobre los más humildes soldados rasos. Pero los jefes supremos de primer orden son muy escasos y las circunstancias que contribuyen poderosamente á su formación no son vulgares. En nuestra guerra de independencia no debemos extrañar ni condenar la conducta de nuestros caudillos en cuanto á celos y rivalidades, porque es tan necio como condenar la pasión del amor en la juventud, ó el instinto feroz de los animales carnívoros.